

se resumen los cantares del poeta. Pero ¿qué estoy diciendo? Yo también tomo una máscara. Esto ya se había dicho con palabras andaluzas más viejas y sabias que las mías:

*No importa la vida, que ya está perdida;  
y después de todo, ¿qué es eso, la vida...?  
Cantares...  
Cantando la pena, la pena se olvida.*

*Madre, pena, suerte, pena, madre, muerte,  
ojos negros, negros, y negra la suerte...  
Cantares...  
En ellos el alma del alma se vierte.*

(Manuel Machado: *Cantares*)

WALDO ROSS  
Edifice Rockhill  
4870 Côte-des-Neiges, Apt. 405  
MONTREAL  
(Canadá)

## Un análisis del misticismo revolucionario en *Los de abajo*, de Mariano Azuela \*

El pensamiento filosófico del cambio constante de las cosas en la naturaleza fue conocido mucho antes de que lo enunciase Heráclito con su fórmula clásica: Παντα ἔξει, «todo fluye». Muchos revolucionarios, aunque no lo supieran por erudición, se inspiraron en sus procedimientos de las ideas del mismo filósofo griego que afirmaba: «Πολεμο Πατρὸς Πυτον», «la guerra es el padre de todas las cosas».

### A) La técnica literaria y el mensaje

Mariano Azuela (1873-1952), médico en las tropas que comandaba Francisco Villa, observó los hechos de la revolución mejicana con «occhio clínico», según la expresión romana, los sintió con su corazón simpatizante por el dolor humano, los describió con su imaginación creadora de tal modo que, muy lejos en lugar y en el tiempo, *Los de*

---

\* Mariano Azuela, *Los de abajo*; Colección Popular; Fondo de Cultura Económica; México, 1977.

*abajo* presentan una visión artística no menos instructiva que conmovedora. El comentario social emana de la novela que tiene un tejido consistente. Cada personaje expresa su mensaje no únicamente con sus palabras, sino, mucho más, con toda su participación o con su desaparición del torbellino de la Revolución.

Es interesante notar que la novela tiene un cierto simbolismo también en su división en tres partes y cuarenta y dos capítulos. Cada parte contiene el número «sacro»: siete, o solo o multiplicado por dos o tres veces. Es como el destino, «μῶιφα», de las personas arrebatadas por la revolución.

La primera parte es la más amplia: veintiún capítulos. Es el sueño triunfante de los revolucionarios. La segunda parte, de catorce capítulos, indica el equilibrio ebrio y vacilante entre la venganza sangrienta de los alzados y su propia desilusión. La tercera parte, de siete capítulos, cotiza la derrota final de la revolución del odio e insinúa muy discretamente la invencible fuerza de la paciencia y del amor.

Las primeras palabras de cada capítulo sugieren algo muy importante, generalmente lo más importante del capítulo.

## B) El contenido de la obra

### Primera parte: (*El sueño triunfante*)

#### I. *Te digo que no es un animal* (pág. 5)

Estas palabras de la mujer de Demetrio Macías, la anónima consorte del héroe de la novela, indican que la injuria no la hace un animal, sino que «debe ser algún cristiano...» (pág. 5). Demetrio se salvó de un teniente y un sargento de los federales y seguía mirando la silueta dolorida de su mujer con su niño en los brazos mientras su casa ardía.

#### II. *Todo era sombra todavía* (pág. 9)

Es el inicio confuso del sueño triunfante de los revolucionarios. «Demetrio... tiró del cuerno que pendía a su espalda, lo llevó a sus labios gruesos, y por tres veces, inflando los carrillos, sopló en él». (pág. 10). «¡Me quemaron mi casa!» —respondió a las miradas interrogadoras (pág. 10). Lo constituyeron jefe casi en nombre del Dios justo y de María Santísima: «... que viva Demetrio Macías, que es nuestro jefe, y que vivan Dios del cielo y María Santísima» (pág. 11).

#### III. *Entre las malezas de la sierra* (pág. 12).

Los veinticinco hombres de Demetrio Macías derrocan una compañía de los federales.

#### IV. *Faltaron dos* (pág. 15).

Fueron ahorcados por los federales. Demetrio fue herido.

#### V. *La Codorniz, sobresaltado* (pág. 18).

Este seguidor de Demetrio oyó un balazo con que un centinela dio en la pierna de un desertor federal, Luis Cervantes, estudiante de medicina y periodista.

VI. *Luis Cervantes no aprendía* (pág. 22).

Es una descripción magistral en su simbolismo del traidor profesional, como Luis Cervantes que, encerrado en una zahurda, está acostado sobre un montón de estiércol húmedo, en la vecindad de un cerdo.

VII. *Adormilado aún, Demetrio paseó* (pág. 25).

Demetrio hace su primer intento de amorío con Camila, una muchacha serrana, que lo sirve en su enfermedad. Intenta, también, que uno de sus secuaces, disfrazado de cura, oiga la confesión de Luis Cervantes.

VIII. *Luis Cervantes, otro día* (pág. 28).

Curando su herida Cervantes opina que «los llamados revolucionarios no eran sino bandidos agrupados ahora con un magnífico pretexto para saciar su sed de oro y de sangre». (Pág. 29). Camila se enamora del «doctor», pero Cervantes piensa únicamente en sí mismo.

IX. *Señá Remigia* (pág. 30)

Intenta a curar a Demetrio aplicando sobre su abdomen dos calientes pedazos del palomo que había partido.

X. *¿Por qué no llama al curro...?* (pág. 34)

Cervantes emprende la curación de Demetrio y su propio prestigio entre los revolucionarios.

XI. *Oye, curro, yo quería* (pág. 36)

Camila, enamorada de Cervantes, relata a éste los avances desvergonzados de Demetrio. Cervantes comenta: «—Pero ¿qué diablos estás esperando, pues, boba? Si el jefe te quiere, ¿tú qué más pretendes...?» (pág. 38).

XII. *La herida de Demetrio* (pág. 39)

Había cicatrizado ya. Se hablaba de movimiento y Demetrio hizo confidencia a Cervantes de que se había levantado por un choque con don Mónico, el cacique de Moyahua.

XIII. *Yo soy de Limón* (pág. 42)

Demetrio cuenta realísticamente y por menudo su lío con el cacique y su deseo de volver a su casa en paz, pero Cervantes corrige: «Permítame que sea enteramente franco. Usted no comprende todavía su verdadera, su alta y nobilísima misión. Usted, hombre modesto y sin ambiciones, no quiere ver el importantísimo papel que le toca en esta revolución. Mentira que usted ande por aquí por don Mónico, el cacique; usted se ha levantado contra el caciquismo que asola toda la nación. Somos elementos de un gran movimiento social que tiene que concluir por el engrandecimiento de nuestra patria. Somos instrumentos del destino para la reivindicación de los sagrados derechos del pueblo. No peleamos por derrocar a un asesino miserable, sino contra la tiranía misma. Eso es lo que se llama luchar por principios, tener ideales». (Págs. 44-45).

XIV. *Si vieras qué bien explica* (pág. 45).

Luis Cervantes aparece como maestro de la revolución y del amor: dando a Demetrio una misión nobilísima y reservando para él a la muchacha, Camila, que está enamorada de él mismo.

XV. *En el baile hubo mucha alegría* (pág. 48)

Pero Camila no apareció. Demetrio promete volver como triunfador para agradecer todo, porque, como dijo: «En la cama y en la cárcel se conoce a los amigos». (Pág. 49). Se dirige con los suyos hacia un sitio ocupado por los federales.

XVI. *A medianoche, Demetrio Macías* (pág. 53)

Contrario a los consejos meticulosos de Cervantes, Demetrio dió la orden de un asalto imprevisto.

XVII. *¿De modo es que...?* (pág. 57)

Se describe —según el pensamiento blasfemo de Demetrio, como una «obra de Dios» (pág. 58) la matanza de los federales en una aldea.

XVIII. *Demetrio llegó con cien hombres* (pág. 61)

Se encontró con Pánfilo Natera en tanto que Luis Cervantes peroraba: «Con hombres como mi general Natera y mi coronal Macías, nuestra patria se verá llena de gloria». (Pág. 61). «Natera volvió un instante su cara adusta hacia el parlanchín, y dándole luego la espalda, se puso a platicar con Demetrio». (Pág. 62). Uno de los oficiales de Natera, el capitán Solís, se extrañaba de la presencia de Cervantes: «No comprendo cómo el corresponsal de *El País* en tiempo de Madero, el que escribía furibundos artículos en *El Regional*, el que usaba con tanta prodigalidad del epíteto de bandidos para nosotros, milite en nuestras propias filas ahora». (Pág. 62).

«—¡La verdad de la verdad, me han convencido!— repuso enfático Cervantes». (Pág. 62). Solís replicó con profunda sinceridad: «Yo pensé una florida pradera al remate de un camino... Y me encontré un pantano». (Pág. 62). «A Luis Cervantes le torturaba la conversación...» (pág. 63). Solís dió su definición de la revolución: «La revolución es el huracán, y el hombre que se entrega a ella no es ya el hombre, es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval...» (pág. 63).

Macías interrumpió la conversación: «—Ya soy coronel de veras, curro... Y usted, mi secretario...» (pág. 64).

XIX. *Allí vienen ya los gorrudos* (pág. 64)

«Y los gorrudos regresaban tan alegremente como habían marchado días antes a los combates, saqueando cada pueblo, cada hacienda, cada ranchería y hasta el jacal más miserable que encontraban a su paso». (Pág. 65). Mientras sus revolucionarios estrellaban contra las rocas todos los objetos pesados que han saqueado, Demetrio Macías soñaba en voz alta con Camila, cuya voz «me sonaba en las orejas como organillo de plata». (Pág. 66).

XX. *¡Que viene Villa!* (pág. 67)

«—¡Nuestro Napoleón mexicano!— exclama Luis Cervantes». (Pág. 67). Se habla de las tropas de Villa y de su armamento, pero «nadie de ellos le había visto jamás la cara a Villa». (Pág. 69).

XXI. *El atronar de la fusilería* (pág. 70)

Luis Cervantes se escondió en el momento en que Macías gritó: «¡Arriba, muchachos!» (pág. 71). El capitán Solís, conmovido, dice: «¡Que hermosa es la Revolución, aun en su misma barbarie!» (pág. 72). Pero añade con melancolía: «¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie...!» (pág. 73). «Y su mano tendida señaló la estación de los ferrocarriles. Los trenes resoplando furiosos, arrojando espesas columnas de humo, los carros colmados de gente que escapaba a todo vapor». (Pág. 73). El mismo «sintió un golpecito seco en el vientre... Luego le zumbaron los oídos... Después, oscuridad y silencio eternos...» (Pág. 73). El sueño de un revolucionario idealista acabó en la muerte.

Segunda parte: (*Equilibrio ebrio y vacilante*)

I. *Al champaña que ebulle en burbujas* (pág. 74)

En medio de sus revolucionarios el general Demetrio Macías celebra su triunfo con vino y con mujeres. «Y por medio de la calle caminan, rumbo al hotel, Demetrio y Pintada, abrazados y dando tumbos». (Pág. 78).

II. *¡Qué brutos!* (pág. 78)

Los revolucionarios saquean las casas. Cervantes esconde para sí algunos diamantes y tiene cara para escandalizarse del saqueo de otros. Macías les defiende: «¡Pobres...! Es el único gusto que les queda después de ponerle la barriga a las balas». (Pág. 80).

III. *Le presento a usted, mi general Macías* (pág. 82)

Cervantes presenta a Macías una muchacha de rara belleza, su «novia». «Demetrio clavaba su mirada de ave de rapiña en ella...» (pág. 83).

IV. *Al atardecer despertó* (pág. 86)

Se describe la promiscuidad vergonzosa de los revolucionarios, en particular la de Demetrio y del amante de la Pintada con la «novia» de Cervantes.

V. *Como los potros que relinchan* (pág. 89)

Demetrio Macías cabalga con sus hombres para vengarse de don Mónico, el cacique. «Don Mónico, confuso, aturdido, se echa a sus pies, le abraza las rodillas, le besa los pies: —¡Mi mujer...! ¡Mis hijos...! ¡Amigo don Demetrio...!» (pág. 92).

Pasando por su memoria la suerte de su mujer e hijo, Demetrio vuelve el revólver a la cintura. «Que se le pegue fuego a la casa— ordenó a Luis Cervantes cuando llegan al cuartel. Y Luis Cervantes, con rara solicitud, sin transmitir la orden, se encargó de ejecutarla personalmente». (Pág. 93).

VI. *Se habían alojado en una casona* (pág. 94)

Cervantes ofreció su botín de monedas, dijes y anillos a Macías con la explicación: «... al buen sol hay que abrirle la ventana... Hoy nos está dando la cara; pero ¿mañana?... Hay que ver siempre adelante». (Pág. 95). «Mire, mi general; si, como parece, esta bola va a seguir, si la revolución no se acaba, nosotros tenemos ya lo suficiente para irnos a brillarla una temporada fuera del país...» (pág. 96). Macías resiste a la tentación. Pero le gustaría Camila: «La muchacha es fea; pero si viera cómo me llena el ojo...» (pág. 96).

VII. *¿Yo qué sé?* (pág. 97)

«Camila amaneció en la cama de Demetrio.» (pág. 97). Luis Cervantes la había traído con engaño.

VIII. *Ya el sol se había puesto* (pág. 99)

La ruina moral de los revolucionarios de Macías es más aparente de día en día. «Demetrio se emborrachaba allí con sus viejos camaradas.» (pág. 99). Han matado al sacristán de la iglesia porque vestía pantalón, chaqueta y gorrita. «Pancracio no puede ver un catrín enfrente de él.» (pág. 100).

IX. *El torbellino de polvo* (pág. 101)

«Cerrando la retaguardia, y al paso, venían Demetrio y Camila; ella trémula aún, con los labios blancos y secos; él, malhumorado por lo insulso de la hazaña.» (pág. 101). El güero Margarito torturaba sadísticamente a un prisionero federal. Camila refirió el caso a Demetrio, pero él no contestó nada.

X. *La tropa acampó en una planicie* (pág. 103)

Encuentran gente más pobre que aquellos de la sierra. En la planicie todos sienten una tristeza.

XI. *Antes de la madrugada* (pág. 107)

Se pusieron de camino a la sierra. Pancracio, ya oficial de Macías, mató brutalmente a un prisionero federal, «dio una gran carcajada, y dijo: ¡Qué bruto soy!... ¡Ahora que lo tenía enseñado a no comer!...» (pág. 109). En otra ocasión, Camila intervino para que se devolviese su maíz a un paisano a quien acababan de «limpiarlo».

XII. *Iban llegando ya a Cuquio* (pág. 111)

La Pintada, amante del güero Margarito, insulta y hiere a Camila, amante de Demetrio Macías, y dice: «Mátame tú, Demetrio —se adelantó, entregó su arma, irguió el pecho y dejó caer los brazos—» (pág. 114). Demetrio la echa. El güero Margarito dice: «¡Ah, qué bueno!... ¡Hasta que se me despegó esta chinchel!...» (pág. 114).

### XIII. *En la medianía del cuerpo* (pág. 114)

Macías está melancólico. Los paisanos se escapan de los revolucionarios. Esos se interesan por «el barrio de las muchachas» (pág. 117), o juegan cruelmente con disparos entre las personas paisanas.

### XIV. *Humo de cigarro, olor penetrante* (pág. 118)

En el tren en que Macías y los suyos van a tomar consejo del general Natera, se oye la queja plañidera y automática de una mujer: «Caballeros, un señor decente me ha robado mi petaca...» (pág. 118). Después de la primera indignación, los revolucionarios también admiten lo mismo, pero con otra explicación. Según el güero Margarito, «Eso sí, mi gusto es gastarlo todo con las amistades. Para mí es más contento ponerme una papalina con todos los amigos que mandarles un centavo a las viejas de mi casa...» (pág. 120).

Macías no entiende la política, pero está dispuesto a «seguir peleando» (pág. 122) de parte de quien le ha dado la aguilita de general.

## Tercera parte: (*La derrota final de la Revolución*)

### I. *Muy estimado Venancio* (pág. 123)

Luis Cervantes se escapó a los Estados Unidos y en su primera carta sugiere a Venancio, un barbero de ayer, y ahora uno de los revolucionarios de Macías, que venga a los Estados Unidos. «Si usted y yo nos asociáramos, podríamos hacer un negocio muy bonito.» (pág. 123). «Podríamos establecer un restaurante netamente mexicano... Yo me acuerdo que usted toca bastante bien la guitarra, y creo fácil, por medio de mis recomendaciones y de los conocimientos musicales de usted, conseguirle el ser admitido como miembro de la Salvation Army, sociedad respetabilísima que le daría a usted mucho carácter.» (pág. 124). Los revolucionarios ascendían la cuesta para pelear. «¿Contra quién? ¿En favor de quiénes? ¡Eso nunca le ha importado a nadie!» (pág. 124). «A la proximidad de la tropa, las gentes se escurrían a ocultarse en las barrancas.» (pág. 125).

### II. *¿Por qué se esconden ustedes?* (pág. 126)

Los cuatro fugitivos que han llevado a Macías eran desertores después de la tremenda derrota del general Villa en Celaya. Aunque Valderrama, un poeta romántico que seguía a Macías, declamó: «¡Amo la Revolución como amo al volcán que irrumpe! ¡Al volcán porque es volcán; a la Revolución porque es Revolución!...» (pág. 128), el sentir común fue expresado por un refrán: «¡Cada araña por su hebra!...» (pág. 129).

### III. *Aquel pueblecillo* (pág. 129)

El hallazgo de un barril de tequila fue la ocasión de fiesta para los revolucionarios. Hubo peleas de gallos. «La lucha fue brevísima y de una ferocidad casi humana.» (pág. 130). «Demetrio había vuelto la cara para que no le vieran los ojos.» (pág. 131). Valderrama, después de haber bebido la mitad de la botella de tequila, comentó: «¡Y

he aquí cómo los grandes placeres de la Revolución se resolvían en una lágrima!...» (pág. 131).

#### IV. *Asomé Juchipila a lo lejos* (pág. 131)

Valderrama, a la vista de Juchipila, dobla la rodilla y gravemente besa el suelo rezando su oración: «¡Juchipila, cuna de la Revolución de 1910, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos!... —porque no tuvieron tiempo de ser malos—, completa la frase brutalmente un oficial ex federal que va pasando.» (pág. 132). «Valderrama se interrumpe, reflexiona, frunce el ceño, lanza una sonora carcajada que resuena por las peñas, monta y corre tras el oficial a pedirle un trago de tequila.» (pág. 132). Demetrio confiesa a sus cercanos: «Malamente andamos.» (pág. 133). «Valderrama, el vagabundo de los caminos reales, que se incorporó a la tropa un día, sin que nadie supiera a punto fijo cuándo ni en dónde, pescó algo de las palabras de Demetrio, y como no hay loco que coma lumbre, ese mismo día desapareció como había llegado.» (pág. 134).

#### V. *Entraron a las calles de Juchipila* (pág. 134)

«Entraron a las calles de Juchipila cuando las campanas de la iglesia repicaban alegres, ruidosas, y con aquel su timbre peculiar que hacía palpar de emoción a toda la gente de los cañones.» (pág. 134). El repiqueteo no era por los revolucionarios. «Ahora ya no nos quieren... —pero, ¿cómo nos han de querer...?» (pág. 134). «Luego, con melancólica solemnidad, se escaparon del interior del templo las voces melifluas de un coro femenino. A los acordes de un guitarrón, las doncellas del pueblo cantaban los "Misterios". —¿Qué fiesta tienen ahora...?— ¡Sagrado Corazón de Jesús!» (pág. 135).

#### VI. *La mujer de Demetrio Macías* (pág. 136)

«¡Casi dos años de ausencia!

Se abrazaron y permanecieron mudos; ella embargada por los sollozos y las lágrimas.

Demetrio, pasmado, veía a su mujer envejecida, como si diez o veinte años hubieran transcurrido ya. Luego miró al niño, que clavaba en él sus ojos con azoro... Y quiso atraerlo y abrazarlo; pero el chiquillo, muy asustado, se refugió en el regazo de la madre.

—...¿Verdad que ya te vas a quedar con nosotros?...» (pág. 136).

«La faz de Demetrio se ensombreció...

—¿Por qué pelean ya, Demetrio?

Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero, y dice:

—Mira esa piedra cómo ya no se para...» (pág. 137).

#### VII. *Fue una verdadera mañana de nupcias* (pág. 138)

«... Los soldados caminan por el abrupto peñascal contagiados de la alegría de la mañana...

—En esta misma sierra —dice Demetrio—, yo, sólo con veinte hombres, les hice más de quinientas bajas a los federales...» (pág. 138).

«Pero el enemigo, escondido a millaradas, desgrana sus ametralladoras, y los hombres de Demetrio caen como espigas cortadas por la hoz...

Demetrio apunta y no yerra un solo tiro... ¡Paf!... ¡Paf!... ¡Paf!...» (pág. 139).

«Y al pie de una resquebrajadura enorme y suntuosa como pórtico de vieja catedral, Demetrio Macías, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...» (pág. 140, fin de la obra).

### C) La evaluación filosófico-estética de la obra

El autor ha captado admirablemente lo que se llama el «misticismo revolucionario», el arrebatado de las pasiones humanas para cambiar con fuerza el orden establecido. Esta embriaguez de la libertad sin obligaciones ni responsabilidad es, según la descripción de la novela, (a) *inocente*, (b) *amoral* y (c) *inmoral*. Véase solamente un ejemplo para cada clase:

a) «En su caballo zaino, Demetrio se sentía rejuvenecido; sus ojos recuperaban su brillo metálico peculiar, y en sus mejillas cobrizas de indígena de pura raza corría de nuevo la sangre roja y caliente.

Todos ensanchaban sus pulmones como para respirar los horizontes dilatados, la inmensidad del cielo, el azul de las montañas y el aire fresco embalsamado de los aromas de la sierra. Y hacían galopar sus caballos, como si en aquel correr desenfrenado pretendieran posesionarse de toda la tierra. ¿Quién se acordaba ya del severo comandante de la policía, del gendarme gruñón y del cacique infatuado? ¿Quién, del mísero jacal, donde se vive como esclavo, siempre bajo la vigilancia del amo o del hosco y sañudo mayordomo, con la obligación imprescindible de estar de pie antes de salir el sol, con la pala y la canasta, o la mancera y el otate, para ganarse la olla de atole y el plato de frijoles del día?

Cantaban, reían y ululaban, ebrios de sol, de aire y de vida.» (págs. 50-51).

b) «Se distinguen en la carnicería Pancracio y el Manteca, rematando a los heridos. Montañés deja caer su mano, rendido ya; en su semblante persiste su mirada dulzona, en su impassible rostro brillan la ingenuidad del niño y la amoralidad del chacal.» (pág. 60).

c) «Iban llegando ya a Cuquío, cuando Anastasio Montañés se acercó a Demetrio y le dijo:

—Ande, compadre, ni le he contado... ¡Qué travieso es de veras el güero Margarito! ¿Sabe lo que hizo ayer con ese hombre que vino a darle la queja de que le habíamos sacado su maíz para nuestros caballos? Bueno, pos con la orden que usted le dio fue al cuartel. “Sí, amigo, le dijo al güero; entra para acá; es muy justo devolverte lo tuyo. Entra, entra... ¿Cuántas fanegas te robamos?... ¿Diez? ¿Pero, estás seguro de que no son más de diez?... Sí, eso es; como quince, poco más o menos... ¿No serían veinte?... Acuérdate bien... Eres muy pobre, tienes muchos hijos que mantener. Sí, es lo que digo, como veinte; esas deben haber sido... Pasa por acá; no te voy a dar ni quince, ni veinte. Tú no más vas contando... Una, dos, tres... Y luego que ya no quieras, me dice: ya.” Y saca el sable y le ha dado una cintareada que lo hizo pedir misericordia.

La Pintada se caía de risa.» (pág. 111).

El mensaje de la obra no es un grito estridente ni en pro ni en contra de la Revolución. Es la diagnosis poético-realista sugerida por el autor con una formación médica, suprapartidaria y cristiana. El mensaje no está formulado como una tesis. Emanan con fuerza dinámica y belleza artística de la novela.

Como las convulsiones, el sudor y la sangre del enfermo en la crisis corporal demuestran su estado lamentable y peligroso, así la Revolución, en su fase grave, es la crisis moral y sangrienta de la sociedad humana. En su vehemencia volcánica se olvida de sus nobles ideales y se convierte en el huracán en que el hombre «es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval» (pág. 63). Los revolucionarios, en su lucha por el poder, cometen con demasiada frecuencia las mismas injurias y mayores todavía que aquellos contra quienes se rebelaron. Saquean no únicamente a los ricos, sino a los pobres también: «Soy viudo, señores, tengo nueve criaturas y no vivo más que de mi trabajo... ¡No sean ingratos con los pobres!...» (pág. 110).

Lástima si la Revolución muestra únicamente «la psicología de nuestra raza, condensada en dos palabras: ¡robar, matar!... ¡Qué chasco, amigo mío, si los que venimos a ofrecer todo nuestro entusiasmo, nuestra misma vida por derribar a un miserable asesino, resultásemos los obreros de un enorme pedestal donde pudieran levantarse cien o doscientos mil monstruos de la misma especie!... ¡Pueblo sin ideales, pueblo de tiranos!... ¡Lástima de sangre!» (págs 72-73).

Heráclito, denominado por sus coetáneos o Σκοτεινός, «El Sombrío», vio en la guerra el nacimiento de todas las cosas. Valderrama, «vagabundo, loco y un poco poeta» (pág. 126), hallándose en frente de Juchipila, declama las glorias de la Revolución: «¡Juchipila, cuna de la Revolución de 1910, tierra bendita, tierra regada con sangre de mártires, con sangre de soñadores... de los únicos buenos!... —porque no tuvieron tiempo de ser malos—, completa la frase brutalmente un oficial ex federal que va pasando.» (pág. 132).

La explosión no une, sino dispersa los elementos de unión. Mariano Azuela, con una finura verdaderamente exquisita, pone al final de su obra *dos símbolos muy expresivos: la patética estatua de Demetrio Macías, del revolucionario que, aunque tenía sus razones para quejarse, todavía no podía reparar la injuria del cacique don Mónico con sus propias matanzas, incendios, infidelidad matrimonial. Así perdió su causa, su familia, su vida y, con los ojos fijos para siempre, sigue apuntando con el cañón de su fusil...* (pág. 140). El otro símbolo es el *¡Sagrado Corazón de Jesús!* (pág. 135), a quien las pobres mujeres y doncellas de Juchipila, de la «cuna de la Revolución de 1910» (pág. 132), explotadas por los federales y los revolucionarias, acuden pidiendo paciencia y fortaleza para no ser vencidas por el odio, sino para perseverar en el amor. No desprecian ellas a los revolucionarios como aquel «capitancito rubio de bigote borgoñón» (pág. 60), que definió a los alzados: «¡Canalla!... ¡Sólo son bravos para comer vacas y robar gallinas!» (pág. 56).

La Revolución, según sus leyes internas, se comió a la mayoría de sus hijos. Otros desaparecieron en el torbellino. El Judas de la novela, el traidor profesional, Luis Cervantes, con su nombre y su apellido, sirve como de antítesis de un santo y de un escritor de primer mérito, se impone por la bajeza del egoísta sin principios.

Los dos símbolos: el cañón del fusil de Demetrio Macías, y el Sagrado Corazón de Jesús, siguen al lector con una insistencia alucinadora. *El hombre tiene que elegir entre el odio y el amor, entre el fusil y el corazón.*

Mariano Azuela, médico, escritor y cristiano, con acertado arte y buena gracia, ha escrito con inteligencia y amor una página de la historia sangrienta de la Revolución mejicana.

MIRKO POLGÁR  
*Krcároka cesta 106*  
*p. p. 715*  
41001 ZAGREB  
(Yugoslavia)

## De autores y autoridades

Flaubert comparaba al autor de una novela con el Dios judeocristiano: estaba en todas partes y no se lo advertía en ninguna. Su amigo Jules de Goncourt anota por dos veces en sus diarios una imagen similar, aunque más gráfica y concreta:

En un libro, los autores deben estar como la policía: en todas partes y sin mostrarse (5 de septiembre de 1858).

Un autor debe estar en su libro como la policía en una ciudad: en todas partes y en ninguna (27 de mayo de 1864).

El reemplazo de Dios por la policía tiene sus matices. Dios extrae su autoridad de sí mismo, nadie lo autoriza. El es el Saber y la Seguridad, por eso es Dios. Pero la policía también debe tener saber y seguridad. Más aún, le cabe conservar aquél como secreto profesional (Dios también es secreto, porque es sagrado) y diseminar la seguridad entre la población. Pero no se autoriza a sí misma.

El discurso del autor modelo Flaubert-Goncourt es un discurso autorizado. De este proceso de autorización surge el carácter del autor. Pero mientras Flaubert, en tono platónico, diviniza al autor y lo hace personificar el saber divino que ilumina el raptó, Goncourt, más bien aristotélico, profaniza la misma noción de autoridad y hace del autor un funcionario a quien autoriza otro: el Estado o el Rey, por ejemplo.

Todo discurso de autoridad se puede sintetizar en la fórmula con que de chicos tratábamos de convencer a nuestros compañeros de juegos. Tratábamos de convencerlos, por ejemplo, de que los Aliados habían ganado la guerra o que los niños venían de París traídos por una cigüeña. La frase autorizante era: *A mí me lo dijo mi papá.* Y santa palabra. La invocación del Padre santificaba nuestras palabras.